

III

Tenía impaciencia por ver á Svidrigaylof. Ignoraba lo que podía esperar de aquel hombre, que ejercía sobre su espíritu un misterioso poder. Desde que Rascolnikof se había convencido de ello, la inquietud le devoraba, y ya no era hora de retrasar el momento de una explicación.

En el camino, una duda le preocupaba sobre todo: ¿Svidrigaylof había ido á casa de Porfirio?

A su entender, no había ido. Rascolnikof lo hubiera jurado. Recordando todas las circunstancias de su entrevista con Porfirio, llegó siempre á la misma conclusión negativa.

Pero, si no había ido, ¿no iría?

También se respondía negativamente. ¿Por qué? No hubiera podido dar la razón de su modo de ver; y aun cuando hubiera podido darla, no se habría molestado en intentarlo. Aquello le inquietaba, y á la vez le dejaba indiferente.

Cosa extrana, casi increíble: por crítica que fuese la situación de Rascolnikof, éste no tenía sino un pequeño temor; lo que le atormentaba era otra cuestión mucho más importante, que le afectaba personalmente; no aquélla. Experimentaba, además, un inmenso cansancio moral, aun cuando entonces se hallaba en estado de razonar con más sosiego que los días anteriores.

Después de tantos combates, ¿era necesario comenzar una nueva lucha para triunfar de aquellas dificul-

tades? ¿Valía la pena, por ejemplo, de ir á sitiar á Svidrigaylof, de cercarle, ante el temor de que fuera á casa de Porfirio?

¡Oh, cómo le enervaba todo esto!

Sin embargo, tenía prisa por ver á Svidrigaylof. ¿Esperaba de él algo “nuevo,” un consejo, un medio de salir de apuros? ¿Era que el destino empujaba el uno hacia el otro? ¿Daba Rascolnikof aquel paso porque no sabía á quién recurrir? ¿Necesitaba ver á otra persona, y tomaba por pretexto á Svidrigaylof?..... ¿Sonia? ¿Para qué había de ir entonces á casa de Sonia? Por otra parte, Sonia le asustaba; Sonia era para él el último paso, el decisivo é irrevocable. Y en aquel momento no se sentía con fuerzas para presentarse ante la joven. ¿No era preferible hacer una tentativa respecto á Svidrigaylof? A pesar suyo, interiormente reconocía que hacía mucho tiempo le era necesario Arcadio Ivanovitch.

¿Y qué de común podía haber entre ellos? Aquel hombre le desagradaba; todo le inducía á creer que era malo. Se interesaba por los hijos de Catalina Ivanovna; pero, ¿por qué obraba de aquel modo?

Muchos días hacía que otro pensamiento asediaba á Rascolnikof.

—Ese hombre conoce mi secreto. ¿No lo empleará como arma contra Dunia?

Primero tuvo idea de poner al corriente de todo á su hermana; esto hubiera cambiado su situación. Luego pensó que obraría bien denunciándose, para evitar un paso imprudente de parte de Dunetchka.

Se acordó de la carta. ¡Dunia había recibido una carta! ¿Quién podía escribirla en San Petersburgo? Ra-

zumikin era, en verdad, un buen guardián; pero Razumikin nada sabía.

—¿No debo decírselo todo á Razumikin?—se preguntó.—En todo caso, es menester hablar con Svidrigaylof. Gracias á Dios, los detalles importan aquí menos que el fondo del asunto. Y si Svidrigaylof tiene la audacia de intentar algo contra Dunia. . . . le mataré—concluyó por fin.

Un sentimiento penoso le oprimía. Se detuvo en mitad de la calle, y paseó sus miradas en derredor.

¿Qué camino había tomado? ¿Dónde estaba? Se veía en la perspectiva X. . . , á treinta ó cuarenta pasos del Mercado del Heno, que había atravesado.

El segundo piso de la casa de la izquierda estaba todo él ocupado por un "traktir," cuyos balcones se encontraban abiertos de par en par. Allí se tocaba, se cantaba, se bailaba, gritaban las mujeres. . . .

De repente, Rascolnikof vió asomado á uno de los balcones á Svidrigaylof, que también le había visto, pero que fingía lo contrario.

Rascolnikof le imitó, poniéndose á observarle de suslayo, cosa que, por su parte, hacía también el otro. Ambos sabían que se miraban. Una sonrisa maliciosa, cada vez más marcada, notábase en el rostro de Svidrigaylof, que, por fin, prorrumpió en una careajada.

—¡Ea, entrad, si queréis! ¡Aquí estoy!—gritó desde el balcón.

El joven subió.

Encontró á Svidrigaylof en una pequeña habitación.

Una mujer, una niña de dieciocho años, cantaba y bailaba ante la mesa del forastero.

—¡Basta!—dijo éste, cuando entró Rascolnikof.

La joven se detuvo, esperando en actitud respetuosa.

—¡Un vaso, Felipe!—gritó Svidrigaylof.

—No quiero vino—dijo Rascolnikof.

—Como gustéis. Bebe, Katia. Y vete, no te necesito ahora.

Llenó un vaso de vino para la joven, y cuando ésta hubo bebido, le dió un billete amarillento.

Katia se marchó.

No hacía más que ocho días que Svidrigaylof estaba en San Petersburgo, y ya se le hubiese tomado por un antiguo parroquiano de la casa. El mozo le trataba como se trata á los buenos clientes. La puerta que conducía al principal salón estaba cerrada. Svidrigaylof se hallaba allí como en su casa; en este "traktir" pasaba días enteros. Era un local sucio é innoble; no pertenecía ni aun á la categoría media de los establecimientos de aquel género.

—Iba á vuestra casa—comenzó Rascolnikof.—Pero no sé cómo, he venido por aquí. ¡Es extraño!

—¿Por qué no decís en seguida: "¡Es un milagro!" Porque quizá sólo sea una casualidad.

—¡Qué doblez tiene aquí todo el mundo!—agregó, riendo, Svidrigaylof.—Se teme confesar lo que se cree. No lo digo por vos, que tenéis una opinión personal y no teméis afirmarla. Por eso precisamente solicitasteis mi atención.

—¿Sólo por eso?

—Es bastante.

Svidrigaylof se hallaba en un visible estado de agitación, aun cuando sólo había bebido medio vaso de vino.

—Cuando fuisteis á mi casa ignorabais, si no me engaño, que yo tuviese opiniones personales—observó Rascolnikof.

—Entonces era otra cosa. Cada cual tiene sus asuntos. Pero, en cuanto al milagro, os diré que parece habéis dormido todos estos días. Yo mismo os dí las señas de este café. De consiguiente, no es extraño que hayáis venido á él. Os indiqué también la hora á que podríais encontrarme. ¿Os acordáis?

—Lo había olvidado—respondió, con sorpresa, el joven.

—Lo creo. Dos veces os hice estas indicaciones. La dirección se grabó maquinalmente en vuestra memoria, y la habéis seguido. Ya os vi venir, gesticulando, moviendo los labios y hablando como un loco. También pudieron veros otras personas, lo que no está exento de peligro para vos. Poco me importa esto, en el fondo; no tengo la pretensión de curaros, como supondréis.

—¿Sabéis que se me persigue?—preguntó Rascolnikof, clavando su mirada en Svidrigaylof.

—No, no sé nada de eso—respondió éste, con aire de admiración.

—Bien, no hablemos más de mí—gruñó, frunciendo las cejas, Rascolnikof.

—Sea, no hablaremos de vos.

—Responded á esto: si es verdad que dos veces me indicasteis las señas de este "traktir" como sitio en que podría encontraros, ¿por qué, cuando miré hacia el balcón, disimulasteis y tratasteis de evitar que os viese?

—¡Ja, ja! ¿Por qué el otro día, cuando yo entré en vuestra habitación, vos fingisteis dormir, estando bien despierto?

—Yo podía tener..... razones..... vos mismo sabéis.....

—Y yó también pude tener las mías, aun cuando vos no las conozcáis.

—Entre nosotros—agregó el joven—no caben tergiversaciones. Aun cuando podáis hacerme mucho daño y vuestro propósito sea perjudicarme, yo voy á hablaros franca y claramente. Sabed que si tratáis de hacer uso en perjuicio de mi hermana del secreto que últimamente sorprendisteis, os mataré antes de que me hayáis hecho detener. Además, he creído entender estos días que deseabais tener una entrevista conmigo. Si algo tenéis que decirme, ¡que sea pronto! porque el tiempo es precioso, y podría hacerse tarde.

—¿Qué os obliga á tener tanta prisa?—preguntó Svidrigaylof con curiosidad.

—Cada cual tiene sus asuntos—replicó, sombríamente, Rascolnikof.

—Acabáis de invitarme á ser franco, y os negáis á responderme á la primera pregunta que os dirijo—observó, sonriendo, Svidrigaylof.—Siempre creéis que tengo ciertos proyectos, y por este motivo desconfiáis de mí. En vuestra posición, eso se comprende. Pero aunque sea muy grande el deseo que tengo de vivir en buenas relaciones con vos, no me tomaré el trabajo de desengañaros. Eso no vale la pena, y además, no tengo nada de particular que deciros.

—¿Para qué me queréis, entonces? ¿Por qué me buscáis?

—Sencillamente porque sois una persona digna de ser observada. ¿No es razón suficiente? Por otra parte, confieso que vuestra pregunta es muy compleja para

mí, y me es difícil contestarla. Si me habéis buscado hoy, no lo hicisteis tan sólo para hablarme de negocios, sino con la esperanza de que os dijese algo nuevo, ¿verdad? ¿verdad?—repitió, con sutil sonrisa, Svidrigaylof.—Pues bien, figuraos que yo también, al venir á San Petersburgo, pensaba que me diríais algo “nuevo,” y esperaba poderos prestar algún servicio.

—¿Prestarme qué?

—¿Acaso lo sé? Ya veis en qué miserable “traktir” paso todo el día; no quiere esto decir que me divierta, sino que es preciso pasar el tiempo en cualquier parte. ¡Si tuviera la suerte de ser gastrónomo!..... Pero no: ved ahí todo lo que puedo comer (y mostraba un plato que contenía los restos de un “beefsteak” con patatas). No bebo vino; una copa de champagne, que es lo único que me gusta algo, me dura una tarde entera. Si hoy pedí esta botella, fué porque deseaba prepararme para ir á cierto sitio. Me halláis en una disposición de espíritu muy particular. Antes os esquivé porque creí que me molestaríais; pero creo poder pasar una hora con vos. No son más que las cuatro y media—prosiguió, mirando su reloj.—¿Lo creeríais? Momentos hay en que lamento no ser nada: ni propietario, ni padre de familia, ni fotógrafo, ni periodista..... En ocasiones es fastidioso no ser apto para nada. Hablando francamente, pensaba que me diríais algo nuevo.

—¿Quién sois, y por qué vinisteis aquí?

—¿Quién soy? Lo sabéis. Soy noble; serví dos años en caballería, después de lo cual erré por San Petersburgo; luego me casé con Marfa Petrovna, y en seguida me fuí á vivir al campo.

—¿Sois jugador?

—¿Yo jugador? Decid más bien fullero.

—¡Ah! ¿Jugabais con trampa?

—Sí.

—Recibiríais insultos alguna vez.

—En efecto..... ¿Por qué?

—Podéis batiros; es cosa que procura emociones.

—Nada tengo que objetaros. Por otra parte, no es mi fuerte la discusión filosófica. Os confieso que si vine aquí, fué exclusivamente por las mujeres.

—¿Concluído el entierro de Marfa Petrovna?

Svidrigaylof sonrió.

—Pues bien, sí—respondió con franqueza desconcertante.—¿Os escandaliza lo que os digo?

—¿Os causa admiración que el desorden me escandalice?

—¿Y por qué he de contrariar mis gustos? ¿Por qué he de renunciar á las mujeres, si me placen? Esta es, al menos, una ocupación.

Raicolnikof se levantó. Se sentía incómodo, y lamentaba haber ido allí. Svidrigaylof se le aparecía como el facineroso más depravado del mundo.

—Después de oiros—declaró, atrevidamente, nuestro héroe,—ninguna duda me queda de que vinisteis aquí por mi hermana.

—¡Bah! ¡dejad eso! Yo no os he dicho.... Por otra parte, vuestra hermana no puede sufrirme—replicó Svidrigaylof, en quien la embriaguez comenzaba á manifestarse, á pesar de que sólo había bebido un par de copas escasas de champagne.

—Persuadido estoy de lo que decís, mas no se trata de ello.

—¿Estáis persuadido de que no puede sufrirme?—

agregó Svidrigaylof, guiñando el ojo y sonriendo con aire burlón.—Tenéis razón, no me ama; pero nunca respondáis de lo que pasa entre una mujer y su amante. Siempre hay un rinconcillo sólo conocido por los interesados. ¿Os atreveríais á afirmar que Advotia Romanovna me mira con repugnancia?

—Ciertas palabras vuestras prueban que todavía tenéis infames designios respecto á Dunia, y que pensáis ponerlos pronto en ejecución.

—¡Cómo! ¿Yo he dicho eso?—profirió Svidrigaylof, súbitamente inquieto.

Por otra parte, el calificativo dado á sus intenciones no le ofendió.

—Pero en este momento, vuestras secretas miras os hacen traición. ¿Por qué tenéis tanto miedo? ¿De dónde viene ese repentino temor que se lee en vuestra cara?

—¿Que tengo miedo? ¿Miedo de vos? ¿Qué me decís? Vos, querido amigo, vos sois quien debéis temerme. . . . Por otra parte, estoy borracho, lo veo; un poco no más, y digo tonterías. ¡Vaya al diablo el vino! ¡El agua!

Tomó la botella, y sin más preámbulos, la arrojó por el balcón.

Felipe le sirvió agua.

—Todo esto es absurdo — dijo Svidrigaylof, pasando por su rostro una toalla humedecida,—y puedo, con una sola palabra, destruir todas vuestras sospechas. Me caso.

—Ya me lo dijisteis.

—¿Os lo he dicho ya? No me acordaba. Pero cuando os anuncié mi matrimonio no había nada acordado.

Hoy es cosa del todo decidida, y, si estuviera libre en este momento, os llevaría á casa de mi futura; me agrada saber si aprobáis mi elección. Mi prometida es hija de un antiguo funcionario, tiene dieciséis años y es encantadora.

—La diferencia de edades excita vuestra sensualidad. ¿Es posible que penséis seriamente en contraer matrimonio semejante?

—¡Qué austero moralista!—bromeo Svidrigaylof.—¿Dónde fijó su nido la virtud? ¡Ja, ja! ¡Sabéis que me divertís sobre manera con vuestras exclamaciones de indignación?

Luego Mamó á Felipe, y, después de pagar el gasto, se puso en pie.

—Siento en el alma—dijo—no poder seguir hablando con vos; pero nos volveremos á ver. . . . Tened paciencia.

Salió del “traktir” y Rascolnikof tras él.

La embriaguez de Svidrigaylof disminuía notablemente. Fruncía el ceño y parecía muy preocupado, como hombre que está en vísperas de emprender un negocio extraordinariamente importante. Desde hacía algunos minutos, cierta impaciencia se traslucía en sus maneras, y su lenguaje tornábase cáustico y agresivo. Todo esto parecía justificar cada vez más las aprensiones de Rascolnikof, que resolvió seguir al misterioso personaje.

Se volvieron á encontrar en la acera.

—Nos separamos aquí: vos hacia la derecha y yo por la izquierda, ó viceversa. Adiós, querido amigo. Hasta que tenga el placer de volver á veros.

Y Svidrigaylof continuó su marcha hacia el Mercado del Heno .

IV

Rascalnikof le siguió .

—¿Qué significa esto?—exclamó volviéndose hacia él, Svidrigaylof.—¿No os he dicho?... .

—Esto significa que estoy decidido á acompañaros.

—¿Cómo?

Ambos se detuvieron y durante unos momentos se midieron con la vista.

—En vuestra semiborrachera—agregó Rascalnikof, —dijisteis lo suficiente para convencerme de que, lejos de haber renunciado á vuestros odiosos proyectos contra mi hermana, os preocupan hoy más que nunca. Sé que esta mañana recibió Dunia una carta. No habéis perdido el tiempo desde que llegasteis de San Petersburgo. Acaso en vuestras idas y venidas hayáis encontrado una mujer; pero eso nada significa. Deseo asegurarme personalmente....

—¿De qué? ¿No hubiera podido decirlo?

—¿De veras? ¿Queréis, por lo visto, que llame á la policía?

—¡Llamadla!

De pronto se detuvieron el uno frente al otro. El rostro de Svidrigaylof cambió súbitamente de expresión. Viendo que la amenaza no intimidaba á Rascalnikof, tomó de repente el tono más amistoso y más alegre.

—¿Qué chuseo sois! Expresamente no hablé de vuestro asunto, no obstante la curiosidad muy natural que en mí despierta. Quería dejar esto para otra ocasión; pero, en verdad, á un muerto le haríais perder la paciencia. Vaya, venid conmigo. Pero os advierto que no voy á mi casa sino para tomar dinero. En seguida asdré, tomaré un coche y me iré á pasar la noche en las Islas. ¿Qué necesidad tenéis de seguirme?

—No voy á vuestra casa, sino á la de Sofía Semenovna: debo excusarme de no haber asistido á las exequias de su madrastra.

—Como gustéis: pero Sofía Semenovna está ausente. Ha ido á llevar á los tres niños á casa de una anciana á quien conozco hace mucho tiempo y que tiene influencia en varios asilos de huérfanos.

—Pasaré, de todas maneras, por su casa.

—Dueño sois de hacerlo, pero yo no os acompañare. ¿Con qué objeto? Decid. Estoy seguro de que, si desconfiáis de mí, es porque hasta la fecha tuve la delicadeza de no molestaros con preguntas enojosas. ¿Adivináis á qué aludo? ¡Apostaría á que mi discreción os ha parecido extraordinaria! Sed delicado para que tengáis esta recompensa.

—¿Llamáis delicado al hecho de escuchar tras de las puertas?

—¡Ja, ja! Ya había echado de menos esa observación—respondió riendo Svidrigaylof.—Si creéis que no está permitido escuchar detrás de una puerta, y os figuráis que se puede asesinar al antojo, como los magistrados acaso no sean de vuestra opinión, lo mejor que podíais hacer es huir pronto á América. ¡Marchaos pronto, joven! ¿Quizá estéis á tiempo todavía! Os hablo